

REPRESENTAR A DIOS

—¡Ahí estás, Elena! —Dijo su mamá al ver a Elena rondando por la entrada de la casa—. Me estaba preguntando dónde te habrías metido.

Elena, de ocho años, se había plantado sobre la plataforma de la estación de tren a ver desembarcar de los vagones a los soldados y reunirse con amigos y familiares que los recibían contentos. Por fin había terminado la Segunda Guerra Mundial y muchos soldados regresaban a casa, a su país de origen. Elena imaginó lo maravilloso que hubiese sido que su padre también bajara del tren. Pero sabía que eso no sucedería. Su padre había muerto en la guerra.

—Estaba mirando cómo regresaban los soldados. Todas las familias se veían felices de poder reunirse con ellos. Algunas personas cantaban. Hasta vi a una niña que saludaba a su papá.

—¡Estoy muy contenta de que haya terminado la guerra! —dijo Elena.

—Yo también —respondió su mamá, abrazándola.

—¿Serías tan amable de poner a hervir agua para preparar el té? —Le pidió su mamá—. La cena está casi lista.

Elena llenó la tetera gris con agua.

—Cuando estaba en la estación me puse a pensar...—dijo Elena, vacilante.

—¿En qué?

—Ojalá papá también hubiera vuelto de la guerra. ¡Lo echo mucho de menos! Aunque no me siento triste por él, porque sé que está en el Cielo. Pero no somos las únicas que han perdido a alguien en la guerra. Como la señora Alba de la casa de enfrente. Casi siempre que me la encuentro parece que estuviera llorando.

—Así es, cariño —dijo su madre—. Extrañamos mucho a papá, y nos duele que no esté con nosotras pero Jesús nos cuida de maravilla. Nos ha dado una casa en la que podemos vivir, nunca nos ha faltado qué comer, el sol brilla y mi Elenita sigue sonriendo.

Su mamá le hizo cosquillas y Elena sonrió.



LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

La Segunda Guerra Mundial fue una de las guerras más devastadoras de la historia en lo que se refiere a pérdida de vidas y destrucción. Comenzó como un conflicto europeo, pero al poco tiempo se extendió a muchas más naciones del planeta, entre ellas Estados Unidos y Japón. Duró cuatro años y terminó en 1945.

—Mamá, cómo quisiera que los demás sintieran el consuelo que nosotras recibimos de Dios. ¿Cómo podemos ayudar a los demás a ser más felices?

—Necesitan ver el amor de Dios en acción —le explicó su mamá.

—¿Qué quieres decir con eso?

Su madre dejó de cocinar, se arrodilló y tomó las manos de su hija.

—Digamos que te pidiera que vayas a encontrarte con personas que nunca nos han conocido y les explicarás cómo soy. ¿Cómo lo harías?

Elena pensó por un momento.

—Podría dibujarte; así sabrían.

—¡Muy bien! Y si Dios nos pide que le mostremos a la gente cómo es Él, ¿cómo lo haríamos?

Elena parecía desconcertada.

—Les podemos mostrar lo que dice en la Biblia. Pero no puedo hacer un dibujo de Dios porque nunca lo he visto.

—Cierto, no sabemos cómo es Dios. Pero sí sabemos cómo actúa. ¿Qué es Dios? Dios es...

—Amor —respondió Elena.

—Entonces, ¿cómo podemos ayudar a la gente a saber quién es Dios y cómo es?

—¿Siendo amable con ella?

—¡Muy bien, mi amor! Y cuando te vean actuar como Él al manifestar amabilidad, querrán saber más acerca de Él.

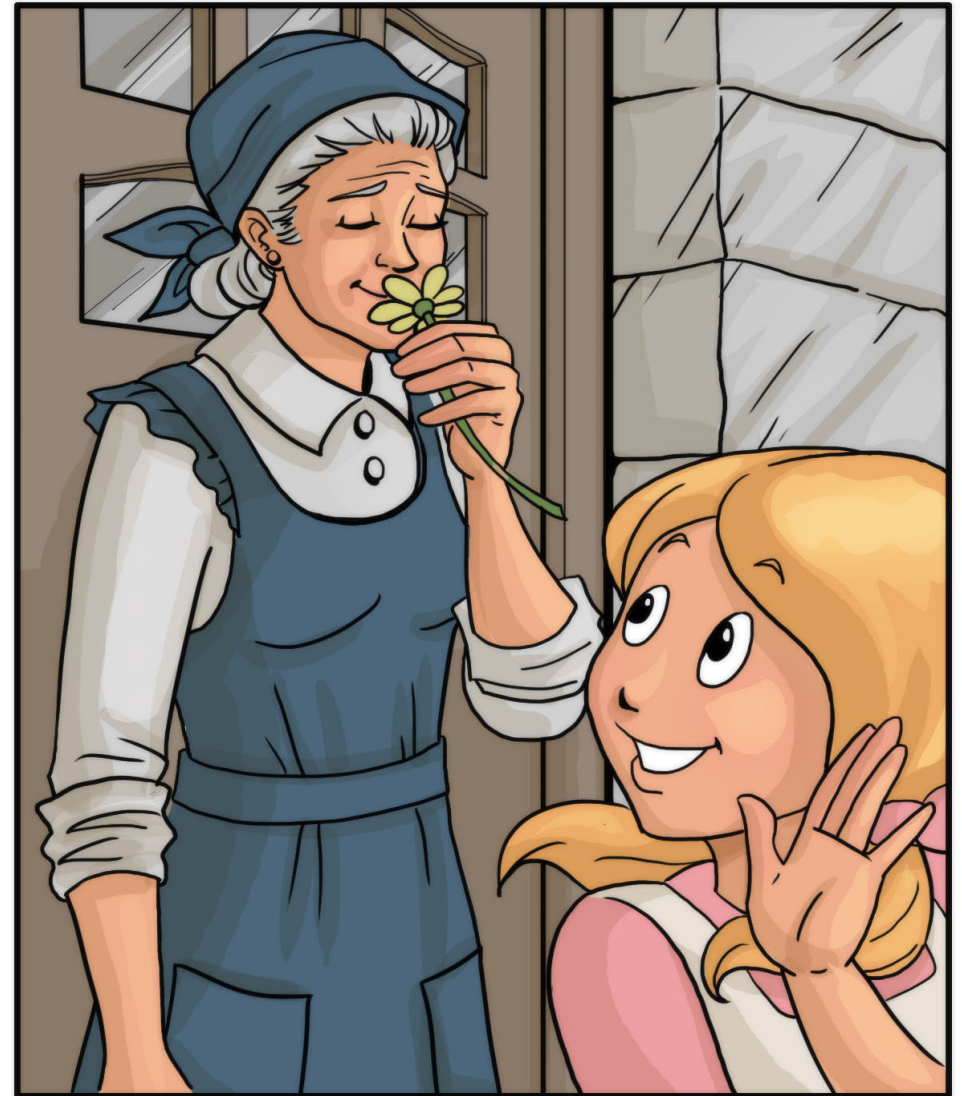
—Eso haré, mamá. Trataré de mostrarles cómo es Dios llevando a cabo un acto de bondad cada día. Quizás mañana pueda llevarle flores a doña Alba y ver cómo se encuentra.

Su madre le dio un abrazo.

Al día siguiente, después de clases, Elena corrió hacia la casa de doña Alba.

¡Toc, toc!

—¡Buenas tardes, señora Alba! Es para usted.



Sus palabras de ánimo pusieron un matiz alegre en el rostro de la anciana mientras extendía una mano frágil para recibir una flor amarilla.

—Pues gracias —respondió la señora Alba sorprendida.

—Que tenga un lindo día. ¡Nos vemos mañana! —exclamó Elena mientras se alejaba brincando por el camino.

Cuando llegó a casa, sacó su diario y escribió en la parte de arriba de una de sus páginas: «Representar a Dios». Debajo del título puso: *Le di una flor a la señora Alba.*

A lo largo de la semana Elena procuró hacer algo cada día para «representar a Dios» en la vida de otra persona. Al poco tiempo la página de su diario tenía seis frases más:

—Ayudé a la señora Pérez a bajar la ropa del tendedero cuando empezó a llover.

—Jugué a la pega en el parque con el niño de la silla de ruedas.

—Abracé a la señora Alba.

—Perdoné a mi hermana menor cuando me pegó.

—Le leí a mi abuelo, porque a él le duelen mucho los ojos.

—Hice la cama de mamá.

Elena esbozó una sonrisa al repasar la lista. Se sentía feliz de saber que a su manera le estaba mostrando a la gente cómo es Dios.

Tras varias semanas de llevar a cabo un gesto de amabilidad por día, las frases del cuaderno de Elena empezaron a hacerse más largas y más frecuentes. La frase de cierto día decía: «Por fin le hablé a Enrique (el niño inválido) de que Jesús murió para que conociéramos el amor de Dios y estemos con Él en el Cielo. ¡Dijo que también quería conocer a Jesús! Hoy oré con él.»

Elena tenía apenas ocho años, pero gracias a sus muestras de bondad las personas de su entorno comenzaron a cambiar.

Un día Elena vio a un joven sentado junto a un estanque. Lanzaba piedras al agua y parecía bastante enojado.

—Hola —saludó Elena—. Bonito día, ¿no?

—Es un día horrible y prefiero no hablar —contestó el joven.

Elena sonrió.

—¿Quieres?

Abrió la bolsa que llevaba para sacar tres tartaletas con mermelada y se las pasó.

—Mi madre las hizo y creo que te gustarán.

Luego, se alejó dando saltitos.



Varios días después, cuando salió a caminar con su mamá, Elena volvió a encontrarse con aquel joven. Esta vez el muchacho agradeció a Elena y a su mamá por las tartaletas, y se presentó como Felipe.

La mamá de Elena invitó a Felipe a ir con ellas a la casa, para darle más. Entonces, el muchacho se abrió y les contó lo que tanto le pesaba en el corazón.

—Solía tener muchas ilusiones —comenzó a decir—. Una de ellas, cuando niño, era ser piloto. En cuanto tuve la edad, me uní al ejército del aire. Así que aprendí a pilotar. Pero después se desató la guerra. Mi mejor amigo y yo éramos pilotos. En una de sus misiones su avión se estrelló. Nunca más lo volví a ver.

Al decir eso Felipe rompió en lágrimas.

—Por eso no quise hablar contigo el otro día, cuando estaba junto al estanque. Era su cumpleaños.

La mamá de Elena sintió pena por él y le dio unas amables palmaditas en el brazo.

—Creo que tenemos una idea de cómo te sientes —dijo.

—Mi padre también murió en la guerra —explicó Elena.

Desde ese día, Felipe se hizo amigo de Elena y su madre, y comenzó a ir a casa de ellas con

frecuencia. Elena muchas veces le contaba a Felipe relatos de las formas en que podía percibir el amor de Dios en los sucesos que le acontecían. A veces le leía porciones de su Biblia infantil cuando las visitaba, y un día Felipe también oró para que Jesús le ayudara y estuviera con él.

Después de eso, Felipe empezó a hablarles a sus amigos soldados de Jesús y de Elena. En ocasiones, la mamá de Elena animaba a Felipe a invitar a sus amigos a casa de ellas a cenar o para hacer algo divertido, lo cual daba pie para que ella y su mamá les enseñaran más sobre Jesús.

Con el paso del tiempo, el pueblo donde vivía Elena experimentó un cambio positivo. Todos conocían a Elena como «la niña que repartía bondad». Los pueblos vecinos también escucharon de la influencia que tuvo y otros niños y niñas decidieron hacer lo mismo que ella.

Elena ya no se limitaba a llevar a cabo uno o dos gestos de amabilidad por día; de hecho, casi ni llevaba la cuenta. De todos modos, seguía anotando cada buena acción que había hecho en el día y no tardó en llenar varios cuadernos con sus registros.

Pasaron los años y cuando Elena se hizo anciana, pudo vislumbrar un poquito de la influencia que había tenido en la vida de los demás.

Bastón en mano, Elena se dirigió lentamente a contestar la puerta. Al abrirla, vio tres pequeñas caras sonrientes que la observaban. Una niña le ofreció una flor que llevaba en la mano.

—¡Buenos días, señora! —Dijeron las tres niñas al mismo tiempo—. Venimos a regalarle esta flor y desearte un feliz día.

Elena se acordó de su primer gesto de amabilidad, que fue tan parecido.

—¡Vaya! Qué gesto tan dulce. ¿A quién se le ocurrió? —preguntó.

—A nuestra maestra —dijo una de las niñas—. Nos contó que cuando era pequeña su madre le habló de una niña que hacía algo amable por alguien cada día y que al poco tiempo todo el pueblo estaba mucho más feliz.

—Nos dijo que deberíamos tratar de hacer lo mismo —añadió otra niña.

—Y decidimos empezar con usted —dijo la tercera.

Elena abrazó a cada una con lágrimas en los ojos. No tenía idea de lo lejos que había llegado su amabilidad, pero llegó muy lejos. Sus actos de bondad seguían brindando alegría a los demás.



Escoger un día para «representar a Dios». A lo largo del día hacer una lista de cada acto de bondad realizado.